

Homilía – Centenario de las Hijas del Espíritu Santo Insigne y Nacional Basílica de Guadalupe – 12 de enero de 2023

Las palabras de San Pablo a los Gálatas, que escuchamos en la primera lectura, se leen a la luz de la promesa que Dios hizo a Abraham, precediendo a la ley de Moisés. El Papa Francisco ha señalado que Abrahán *“parte de su tierra con una promesa. Todo su camino consiste en ir hacia esta promesa. Y su itinerario es también un modelo para nuestro camino. Dios llama a Abrahán, una persona, y de esta persona hace un pueblo”*. La alianza original no solo tiene prioridad sobre la ley de Moisés, sino que es su principio y fundamento. De la misma manera, nuestra relación con Dios no es un premio por buen comportamiento. Nuestras obras dan testimonio de la vida del Espíritu Santo en nosotros, en cumplimiento de las promesas de Dios, que siente compasión de nosotros. Por eso hoy, ante todo, celebramos la fidelidad de Dios a sus promesas. Por su misericordia, Dios ha excedido cualquier expectativa, haciéndonos hijos en el Hijo. De nuestra participación en su fidelidad a nuestra vocación, nos viene la identidad de hijos y la confianza de llamar a Dios “¡Abbá, Padre!” (Papá, Papi), como el Hijo nos enseñó. Ante todo, la fidelidad que representan estos primeros 100 años de las Hijas del Espíritu Santo debe conmover nuestra relación de ternura con el Padre, motivados por el testimonio de ustedes. Venimos con memoria agradecida porque estos 100 años son muestra de que Dios es fiel a sus promesas.

Además de agradecerles su testimonio de fidelidad en nombre de la Iglesia, particularmente les agradezco hoy la

oportunidad de presidir esta celebración. Desde aquí saludo y agradezco a Su Eminencia, el Cardenal Carlos Aguiar, por su ministerio a la cabeza de esta Iglesia local, por su amistad y su cercanía a la Familia de la Cruz. Doy gracias a todas las Hijas del Espíritu Santo, por medio de la Animadora General de la congregación, la Madre Celia Yolanda González Tejeda, así como de las Consejeras, las hermanas Gloria Elena, María Teresa, Leticia y Ana Cecilia. Desde aquí las saludo a todas, incluyendo a las que no han podido hacerse presentes físicamente y a las que ya se han ido de este mundo. Asimismo, doy la bienvenida y mi agradecimiento a los exalumnos de las escuelas de la congregación, a las familias, a tantas personas que han compartido y participan de su apostolado, y a todos los presentes.

Desde la fundación en San Luis Potosí, el 12 de enero de 1924, la Madre Anita recibió la misión de cultivar vocaciones no como solo punto de partida, sino como modo de vida. Esta misión corresponde precisamente a su vocación de hijas. Más que sobreponerse a sus vidas, su misión las ha reconstituido, revelando su identidad más profunda, como cuando a los discípulos el Señor Jesús los llama por su nombre y a Simón lo hace llamar Pedro. Su íntima relación de hijas con el Padre y su total docilidad al Espíritu Santo, las dispone a recibir constantemente su vocación de madres, a ejemplo de María. Por eso es muy significativo que Dios nos conceda esta celebración precisamente en este santo recinto, la “casita” que la Madre de Aquél por Quien se Vive quiso hacerse construir para darlo a conocer a él. ¡Cuántos frutos! 100 años de ser instrumento para

que el Señor continúe engendrando vocaciones en su Iglesia; especialmente vocaciones sacerdotales. La disponibilidad de esos hombres al llamado que ustedes ayudan a cosechar permite que por medio de ellos se haga presente Cristo Sacerdote y Víctima, y sean llamados “Padre” (padrecito) por el hecho de parecerse al Padre Dios.

Cuando hay cercanía y ternura en las relaciones familiares, se pegan las costumbres y las formas de ser, los acentos y los modos. Jesús da testimonio de esto cuando dice a Felipe: “El que me ve a mí, ve al Padre” (Jn 14, 9). Por su cercanía a Cristo Sacerdote y Víctima, también el Padre Félix terminó pareciéndose al Padre Celestial. Asimismo, a María se le han pegado las maneras de su esposo, el Espíritu Santo, por su cercanía con él. María ha colaborado con el Espíritu Santo en la obra de la Encarnación del Verbo. Él quiso hacerse fecundo solo por medio de una mujer. Como Madre de la Divina Gracia, ella continúa participando en los portentos de su esposo, en la formación y educación de los santos, haciéndolos fieles a su vocación. Esta tarea no puede sino estar reservada a ella, pues el Señor ha querido que solo por ella, en unión del Espíritu Santo, él pueda realizar sus obras más singulares y extraordinarias. Como mujeres y como hijas, ustedes también son llamadas a parecerse a la “Mater” y a vivir como ella, al ritmo del Espíritu Santo, para que él se comuniquen a las almas y les revele su más profunda identidad. María es modelo e instrumento para que, como mujeres, se colme su anhelo de ser fieles al proyecto del Hijo de Dios, Jesús Sacerdote y Víctima, solidario y compasivo, hasta la muerte. Ella lo acompaña y lo asiste hasta el final. Con ella todo.

Ella es modelo de la Iglesia, esposa de Cristo. Como buen esposo, el Señor sigue cuidándola. Él no deja de sembrar los campos del mundo y de suscitar vocaciones, llamando a muchos a recoger la cosecha que pertenece al dueño. Como participación de la obra del Espíritu Santo, que se sirve de María para realizar la Encarnación, el Señor quiere valerse de ustedes para construir el futuro de la Iglesia, sembrando esperanza al cultivar vocaciones. Es él quien hoy las lanza hacia el mañana, como decía el Padre Félix: “Adelante y arriba”. Adelante en el tiempo y arriba en la eternidad, haciendo eco al recordatorio evangélico de que a las obras de promoción les precede la oración, como su fundamento. La Iglesia es de Cristo para el Padre, por obra del Espíritu Santo. Lo suyo es permitir ser colocadas en el corazón de Dios para participar de su Amor como hijas, amando al Espíritu Santo y haciéndolo amar para extender su reinado.

Por último, como hijos amados del Padre, queremos manifestarle a él nuestro agradecimiento pidiéndole más regalos. Que él nos permita hacer vida el lema de la Madre Anita: “Enséñame, Señor, a cumplir tu voluntad”. Que Santa María de Guadalupe, Madre de la Divina Gracia, nos conceda muchos siglos más de fidelidad al carisma de las Hijas del Espíritu Santo y de frutos vocacionales. *“A Ella le confiamos nuestra vocación y la vocación de cada uno de los niños, adolescentes, jóvenes y de todos aquellos con quienes compartimos nuestra misión vocacional sacerdotal”*. A ella encomendamos también nuestra esperanza de avance y feliz culminación de los procesos de canonización del Padre Félix de Jesús y de beatificación de la Madre Ana María del Espíritu Santo.